

Como suele ocurrir con los libros de Alberto de Mingo Kaminouchi, sacerdote redentorista, en sus páginas encontramos genialmente combinados profundidad, rigor y claridad. Esta vez, la obra que reseñamos nos ayuda a comprender el Credo de Nicea, del que este año se celebra su 1700 aniversario. No puede ser, pues, más oportuno. Como reza su título, este libro es una explicación extraordinariamente sencilla que pone al alcance de muchos la comprensión de una confesión de fe que constituye más que un hito en la historia del cristianismo. De hecho, es interesante que desde las primeras páginas el autor se refiera a este texto en términos que abren horizontes de entendimiento y sentido: el Credo no es una declaración dogmática al estilo de una idea que hay que abrazar sin rechistar. No, es la confesión de nuestra fe, por tanto, es una oración, un conjunto de afirmaciones que recogen la revelación que Dios mismo ha querido darnos como don, y la experiencia de la comunidad que, porque cree busca comprender. Persona, oración, comunidad, se convierten en ejes sobre los que la fe, como un ser vivo, crece, se profundiza y se transmite de una a otra generación a la manera del río que da “vida allí donde llegue el torrente”, al decir del profeta (cf. *Ez 47,9*).

Alfredo de Mingo Kaminouchi desentraña para los lectores el Credo de Nicea desarrollando cuatro apartados: Creo, Padre, Hijo, Espíritu. Precedidos de una breve Introducción, se concluyen con un apartado titulado Amén, que hace de epílogo, necesariamente abierto como una invitación, para que el lector, llegado a este punto, se apreste a seguir horadando esta tierra que contiene el “misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria” (cf. *Col 1, 26-27*).

En medio de una conmemoración tan importante, esta obra es una aportación muy útil, una herramienta didáctica que nos ayuda a ir más allá del texto recitado, para hacerlo verdaderamente nuestro, o mejor, para dejarnos empapar por la gracia que emana de su hondura: “Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar, en Jesucristo, nuestro Señor. Amén”.—
A. Martínez.